¿Quién no ha sentido el vértigo de las renovaciones
al ver por un camino compactas procesiones
de gentes avanzando detrás de un estandarte?
Al solo empuje altivo de tantos corazones
¿qué fueran las murallas del más firme baluarte?

La fuerza arrolladora que está en las multitudes,
lanzada de la vida por los anchos taludes
¡quién sabe á qué confines llevara su energía!
vorágine de culpas mezcladas con virtudes
¿á dónde nuestro mundo vetusto llevaría?

Y sin embargo, duerme; y sin embargo, calla
ante las tradiciones, que son la débil valla
con que los amos ponen medida á sus ardores,
y dobla la cabeza servil, ante la tralla
que agitan en los aires audaces domadores.

Allá de tarde en tarde, clarines descontentos
convocan á la lucha; creciendo por momentos
el mar de las hirsutas borrascas populares,
arranca fortalezas, destruye monumentos,
y mata los verdugos, y rompe los altares.

Un día es de Inglaterra la conmoción, y luego
la Francia y las Américas se encienden en el fuego
que corre por los cauces del humano delirio.
Italia rompe el báculo del teocratismo ciego
y Rusia alista palmas para ornar su martirio.

La fuente inextinguible de la sangre española
susurra sus canciones de guerra ante la ola
que azota las riberas de todos los oceanos.
El Portugal desata sus cóleras, é inmola
la potestad divina de sus viejos tiranos.

Mas todo en balde, ¿acaso aislados movimientos
tumbaron nunca el cerro que burla de los vientos
la pugna sostenida? Los pueblos se debaten
en la incesante lucha de todos los momentos;
los unos á los otros se arruinan, se combaten,

y en vez de hacer un solo pendón de sus banderas
y de fundir en una las múltiples fronteras
que estorban el avance de su soberanía,
se acechan en la sombra rugiendo como fieras
mientras sobre sus odios se alza la tiranía.

Y al fin de sus furiosas revueltas intestinas
se elevan nuevos sátrapas, surgiendo de las ruinas
sangrientas de los tronos, y los pueblos errantes
prosiguen, bajo el látigo, sus marchas peregrinas
de tristes, de cansados, de eternos elefantes.

¡No importa! Vendrán tiempos de redención; acaso
no estén lejanos. Surgen del vientre del fracaso
los nuevos Jesucristos del acratismo, y ellos
harán que fraternicen del oriente al ocaso
los pueblos oprimidos. Ya asoman los destellos

del sol, que iluminando la tierra extremecida
por el glorioso impulso de enorme sacudida,
hará que de su incuria la humanidad despierte
y entone marsellesas robustas á la vida
por sobre las derruidas bastillas de la muerte.

Entonces la violencia, rodando hasta el abismo
de su propia ignominia, recibirá el bautismo
del odio, que en las manos del porvenir fulgura;
y muerto para siempre jamás el patriotismo,
no apresará en sus garras la humanidad futura!

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN